

VII

La pintura que de su compatriota había hecho la amiga de Isabel, era exacta. Van Berg era el terror de los amigos y había adquirido triste fama de conquistador.

Al recibir la carta de su compañera de viaje empezó á soñar en felicidades sinnúmero: bajo aquellas frases, dictadas por la discreción, veía él esperanzas y promesas que no le dejaban duda acerca de su triunfo inmediato.

Para hacer menos largo el tiempo se puso á escribir á su abogado, mostrándose inflexible y rechazando toda tentativa de reconciliación con su esposa.

En su fuero interno se proponía modificar su actitud, pero cuando hubiera usado y abusado de su libertad á su gusto.

¡Cómo perder aquella aventura brillante que se le ofrecía!

Minutos después de la hora de la cita llega-

ba á la rue Royale, subía la escalera y llamaba.

Rosa le franqueó la entrada.

En la penumbra del vestíbulo, la criada, con sus cabellos rubios y su elegante traje negro, semejaba una aparición.

—¿Por quién preguntáis?—dijo, interrumpiendo el éxtasis en que la contemplaba van Berg.

—¿La señora Robert?

—¡Está en casa. ¡Si el señor quiere pasar!

Van Berg no quería otra cosa; pero de buena gana habría permanecido un rato en el vestíbulo frente á la hermosa doméstica.

Las casas de la rue Royale pertenecen á una época en que todo se hacía en grande.

Van Berg atravesó dos ó tres salones detrás de Rosa, que le parecía cada vez más linda; después la criada levantó, medio ocultándose con él, un cortinón de seda de dibujos fantásticos, preguntando en voz baja al visitante:

—¿El señor van Berg, no es eso?

—Sí.

—El señor van Berg—anunció Rosa con dulce inflexión de voz.

El ingeniero entró.

La diosa que habitaba en aquel diminuto templo de la frivolidad le saludó incorporándose un poco, y le señaló un asiento cerca de ella.

Diez minutos antes, la imaginación del ingeniero estaba exclusivamente ocupada por su compañera de viaje; pero en aquel momento le distraía de aquella su única preocupación, la imagen de la doncella.

—¡Calla! ¡Calla!—pensó Isabel, sorprendiendo una mirada furtiva de van Berg hacia la puerta por donde acababa de salir Rosa.—Tendremos ya... ¡Esto no es un hombre, es un explosivo!...

Esto picó su vanidad, y sabido es que la mujer en este caso es feroz; no es mujer, sino fiera.

panterel debía ser implacable, y lo fué.

Isab Berg tenía ingenio, ya lo hemos dicho, Vany empezó así:

—Señora, ved en mí al más dichoso de los hombres.

—¿Ya?—dijo Isabel irguiendo su busto sobre el respaldo del sillón y mostrando el nacimiento de su garganta, fresca como una rosa.

—¿Decís «ya»?

—Sin duda. Si sois feliz es que os contentáis con poco, querido amigo.

Al hablar así, Isabel adoptaba, como si las hubiera estudiado previamente, todas las actitudes que más podían encender la pasión de van Berg, dando á su rostro al mismo tiempo la expresión propia para interesar á su pretendiente.

Este, por su parte, revelaba en la satisfacción de su fisonomía una confianza absoluta en el éxito.

—¿Qué podría desear—dijo—más de lo que me habéis concedido tan bondadosamente? Hace dos días os había visto en mis sueños, pero no os había encontrado en la realidad.

Después he tenido la dicha de viajar con vos; he alcanzado permiso para escribiros; me habéis contestado y ahora os veo y os hablo. Confesad que sería insaciable si no estuviera satisfecho.

—¡Hum!—exclamó Isabel.

Pensaba, en efecto, que van Berg acababa de hacer en su compañía un largo viaje al país de la *Ternura* en muy poco tiempo.

Colocó su brazo sobre el de su sillón forrado de seda roja, haciendo experimentar á van

Berg como una especie de conmoción eléctrica.

—Tenéis razón—dijo.—Pero ¿adónde vamos á parar caminando tan de prisa?

Instintivamente y estudiando los detalles de la figura de su interlocutor, comparaba los cabellos, la frente, la nariz, y la boca del ingeniero con los cabellos, la frente, la nariz y la boca de su marido, y daba á aquéllos la ventaja.

—¿Que adónde vamos á parar?—exclamó van Berg con fogosidad.—No me atrevo á asegurarlo: tanto es mi temor de perderme en el camino.

—¡Entonces!...

—Puesto que uno y otro litigamos por nuestra libertad, cuando la hayamos recobrado nos será permitido explicarnos claramente acerca de esto. ¡Pero cuánto va á tardar eso, justo cielo!

Y acentuó esta frase con un suspiro capaz de empujar las velas de un yacht.

—A propósito, ¿en qué estado se halla vuestro asunto?—preguntó la joven con interés.

—Aunque me hubiera inclinado á la indulgencia antes de conoceros, lo cual no ha suce-

dido, ya comprenderéis que nuestro encuentro me habría hecho variar de actitud.

—¿Entonces sois intransigente?

—Más que nunca.

—¿No os dejaréis enternecer?

—De ningún modo. Acabo de enviar á mi abogado las instrucciones más rigurosas.

—¡Lo mismo que Robert! ¡Los hombres no tienen entrañas!

Van Berg acercó su sillón al de la joven.

—Tanto mejor—exclamó con entusiasmo,— puesto que este rigor se convierte para nosotros en manantial de inestimables venturas.

—¡Oh! Eso no está muy claro.

—Comprenderéis que cerca de vos solo puedo pensar que la verdadera felicidad, la única que puedo ambicionar, es la posesión de una mujer como vos; que la casualidad que os ha colocado en mi camino, ó mejor dicho, la Providencia, el árbitro misterioso de nuestros destinos, no lo ha hecho sin algún fin; que ella quiere unirnos y que sería una locura resistir á la invitación tácita que nos hace. Vos habéis perdido un esposo, yo una esposa. Pero notad una coincidencia, es decir, yo no hablo

más de lo que me atañe; notad que apenas fui desposeído de mi tesoro...

—¿Confesáis?...

—Sin duda. Pensar otra cosa sería una ingratitud, y yo no soy ingrato. Pero he encontrado otro cien veces más envidiable y perfecto.

—¡Oh! ¡Perfecto! No caigamos en las exageraciones, os lo ruego; la señora van Berg os ha engañado: será cierto cuando vos lo decís; pero yo tengo el mismo pecado sobre mi conciencia: no valgo, pues, más, y no sé qué ganaríais con el cambio.

—Sí, ganaría.

Van Berg dijo esta frase con un entusiasmo excesivo, y á la vez, haciendo una evolución natural, colocó su sillón casi tocando al de la mujer á quien esperaba hacer culpable por segunda vez.

—Comprendo. Encontraríais en estas relaciones el encanto de la novedad; ¡pero este encanto se desvanece tan pronto!

—No.

—¡Qué error!

—Me parece que si yo hubiera tenido la suerte de merecer vuestra preferencia, nunca, enten-

dedlo bien, nunca se me habría ocurrido la idea de prescindir de este goce supremo, indecible. Me tendría por el más dichoso de los hombres, y consideraría como los mejores instantes de mi vida los que pasara á vuestros pies.

—Eso es decir por decir—replicó distraidamente Isabel, que miraba con ansiedad á la puerta.

—Lo pienso así, y nada me puede arrancar del alma esta creencia, que ha penetrado en ella con vuestra primera mirada.

Isabel tosió ligeramente.

Van Berg, como puede observarse, no perdía el tiempo.

Siguiendo aquel impulso, se exponía á caer muy pronto á los pies de la joven.

Era prudente detenerle, y ella lo hizo con exquisita dulzura.

—¡Cómo os entusiasmais!—le dijo con una sonrisa, que le hizo estremecerse.—Es aún muy pronto. Nuestro conocimiento es tan reciente, que nuestra amistad puede decirse que nace ahora. Además, espero de un momento á otro oír llamar á una de mis amigas, que vendrá hoy á visitarme, y nada hay más ridículo que ser sorprendido en una de esas explosiones de

pasión, legitimada tal vez por nuestra situación, pero que los demás interpretan de muy distinto modo. En estos casos se pierde la serenidad, se avergüenza uno, se balbucea, y hé ahí una reputación comprometida. ¡Es tan frágil la reputación!

—¡Ah! ¿esperáis á alguien?—preguntó van Berg desconcertado.

—A una de mis amigas, una encantadora viuda que debe conoceros.

—¿A mí?

—A vos. Se llama la señora de Combes.

—¡Aguardad!... En efecto, es una criatura hechicera—dijo van Berg sin reponerse de su turbación.

—También ha visto alguna vez á la señora van Berg.

—En efecto, tenéis razón.

—Luisa,—se llama Luisa;—me ha hablado muy bien de esa señora.

—Y muy mal de mí, ¿no es cierto?

—Na de eso. Sólo me ha dicho que sois excesivamente fogoso.

—¡Ah!

—Ya lo sabía y ahora lo veo.

—¡Quién no lo sería á vuestro lado?

—¡Adulador!... Callad, ya llega.

—Qué fastidio—pensó van Berg.—Maldito contratiempo. ¡Tan bien como llevaba mi conquista!

—Ya veis—dijo Isabel retirando su sillón—qué insoportable es este París. Nunca se ve uno libre. ¡Siempre importunos! No me refiero á Luisa, que es una compañera de la infancia, amiga íntima; pero, en fin, ni aun á los íntimos se les cuenta todo. Por eso me gusta la vida del campo; por la soledad y la independencia. Y á vos, ¿os gusta?

—También; primero por eso, y después porque sin esfuerzo hallo en ella asuntos para mis cuadros.

—¡Ah! es verdad; ¿sois pintor?

—Me glorío de ello, aun cuando no tengo pretensiones de gran artista.

En esto anunció la doncella á la señora de Combes.

Isabel se levantó á recibirla, diciéndole al oído:

—¡Ya era tiempo!

Después añadió en voz alta, haciendo la presentación:

—La señora de Combes: el señor van Berg.

—Dos antiguos conocidos—dijo la amiga.

Se habló de cosas sin interés, y luego, insensiblemente, volvió la conversación al punto en que había sido interrumpida.

—¿De qué se trataba?—preguntó la señora de Combes.

—Hablábamos de pintura—contestó Isabel.

—Los paisajes con la firma de van Berg son muy estimados en Lieja—dijo la amiga.

—¿Sabéis lo que deberíais hacer?—dijo la pecadora al belga.

—Espero que me lo enseñéis.

—En vuestro lugar, yo elegiría una campiña algo distante de París, me instalaría por una quincena y volvería cargada de cuadros.

Y al hablar así, miró fijamente al Belga como si quisiera sugerirle su pensamiento.

—Es una idea—dijo él—pero ¿adónde ir?

—Conozco un país de los más pintorescos.

—¿De veras?

—Y donde un artista se inspiraría.

—¡Ah!

Y ese, como todos los países encantadores, es desconocido de los pintores.

—No me admira.

—Inexplorado, casi salvaje, y en el cual po-

déis vivir de incógnito el tiempo que os plazca.

Van Berg escuchaba con interés, bebiendo en las palabras de Isabel una ambrosía deliciosa.

—¿Necesitáis rodearos del misterio?— insinuó maliciosamente la amiga?

—El misterio siempre agrada—replicó Isabel.—Proporciona la libertad.

Van Berg vió entreabrirse el cielo para él.

—¿Y dónde se halla ese lugar encantador?—preguntó.

—Es Toury-les-Foins—dijo la joven,—en el Yonne.

—¿Cerca del palacio de tu madre?—preguntó la señora de Combes.

—Sí, cerca de la Jonchere, adonde iré á pasar algunos días.

—¿Cómo habéis dicho?—preguntó el enamorado.

—Toury-les-Foins. Un cantón ignorado. Ya veréis. Allí hay una excelente posada: *El Gallo Rojo*.

—Tomo nota de ello—dijo el belga, que sentía inflamarse su corazón bajo las miradas de Isabel,—y os obedeceré muy gustoso.

Y escribió en su cartera el nombre pronunciado por Isabel.

Las dos amigas se miraron.

—¿Cuándo te vas?—dijo la viuda.

—A fines de semana.

Van Berg respiró. Iba comprendiendo.

VIII

Cuando el Belga abandonó el salón y las dos amigas se quedaron solas, se miraron como acostumbraban á mirarse los augures después de explotar la credulidad del pueblo con sus mentiras.

—¿Cuál es tu proyecto?—preguntó Luisa.

—Mi proyecto—contestó Isabel—es reducir á ese original. Estoy furiosa...

—No lo pareces.

—Pues lo estoy. ¿Creerás que ha tenido la audacia de hacerme una declaración á quemarropa?

—¿Tan pronto?

—Si no llegas tú, creo que se hubiera arrojado á mis pies.

—¡Bah!

—Y que se habría propasado á cualquier exceso.

—Lamento no haber esperado.

—¿Por qué nos toma ese hombre?

—Tiene su excusa, querida. Si ha leído las novelas de moda, debe pensar que no queda ni aun la sombra de una mujer honrada en París. Además, tú has procedido muy de ligero. Ha recibido tus confidencias, y á la primera..

—¡Majadería!

—Has dado con la frase... ha seguido naturalmente la segunda.

—Se equivoca; ya se convencerá de ello. Pero dejemos á ese hombre y háblame de mi esposo.

—Acabo de dejarle. Está herido, pero levemente. Sólo se va al terreno por formalismo, por cubrir las apariencias, por conservar el prestigio.

—¿Y qué dice?

—Sigue exasperado contra tí. En el fondo siente tu falta, pero el orgullo no le permite manifestarlo. Hemos hablado durante media hora.

—¿En dónde?

—En el sitio acostumbrado.

—¿Por encima de las tapias?

—Sí; no me atrevería á aventurarme en estas entrevistas á no estar de por medio una

pared: entre nosotros hace falta un parapeto. El está muy irritado lleno de despecho, y yo tomo mis precauciones. Por lo demás, puedo decírtelo: no sé en lo que quieres convertir á tu adorador; pero yo sí sé en lo que quiero convertir á tu marido: en un cordero. Le traeré á tus pies sumiso, bondadoso, ó no seré quien soy.

—¡Querida Luisa!

—¡Ah! ¡Estos señores rígidos, que no perdonan nada, que después de lanzarnos al abismo con sus locuras nos tratan—cuando deberían acusarse á sí mismos—como jueces inexorables, veremos cómo se justifican cuando á su vez sean sorprendidos en flagrante delito! ¡Se creen fuertes! Lo son cuando nosotras queremos, con nuestra complicidad. Pero sin nosotras, sin nuestra ayuda, si les hiciéramos traición, si las mujeres nos ayudásemos, ¡ah! ¡qué proceso tan terrible, querida!...

—¿Y?...

—Yo preparo el de tu marido, con ayuda de Papillot, tu defensor.

—¿Qué piensa ese?

—Espera las armas; nosotras se las proporcionaremos.

—¿Lo crees?

—Estoy segura.

—Pues bien; yo espero dárselas también, y formidables, á esa pobre Clotilde; ya verás. ¡Execro á ese hombre! ¡Qué audacia!

—Vamos, sé indulgente; protege á la mujer; pero disculpa al marido. No siempre esta clase de hombres merece que se les odie. El matrimonio es un puerto donde no entran todos los barcos. No exageremos las cosas. Te dejo para trabajar en tu salvación.

Las dos amigas se besaron en la frente.

Un pintor de género habría podido hacer allí un buen estudio.

Una rubia y una morena. Y el salón japonés sirviendo de fondo.

¡Qué cuadro tan precioso!

IX

Puede decirse que van Berg dejó la rue Royale poseído de satisfacción indecible.

Todas las armonías del amor resonaban en el fondo de su alma. Jamás, en su vida de seductor afortunado—y eso que sus conquistas alcanzaban una cifra increíble—había encontrado alhaja comparable á Isabel.

Se admiraba de no acordarse apenas de la hermosa criada. Isabel había desvanecido aquella visión, como una rosa purpurina eclipsa á la humilde violeta.

Van Berg iba por las calles como si no sentara los pies en el suelo. Le parecía que su cabeza estaba al nivel de los entresuelos, y no veía á los que pasaban á su lado: solo veía la mirada animosa, el ademán provocativo, el pie encantador y los brazos torneados de la admirable morena, que él contaba ya en el número de sus víctimas.